

PILAR GUEMBE · CARLOS GOÑI

EDUCAR ENTRE DOS



Desclée De Brouwer

Pilar Guembe y Carlos Goñi

Educar entre dos



Desclée De Brouwer

Índice

Educar entre dos	13
1. El optimismo de ser padres [Querse para querer]	19
1. El optimismo de ser padres	20
2. Los padres de Sócrates	22
3. Estar y que se note	24
4. Esos pequeños detalles	26
5. Saque de esquina	28
6. Educar con coherencia	30
7. El coach familiar	32
8. Objetivos indefinidos	34
9. Yo plancho y tú cocinas	36
10. Educar con lógica	38
11. Ser madre es un plus	40
2. Amor del bueno [Aceptarlos como son]	43
1. Amor del bueno	44
2. ¿Por qué a mí?	46
3. El abecedario de John	48
4. Como una chocolatina	50
5. En la playa hay un niño	52
6. El terrorismo en los ojos de un niño	53
7. ¿Qué es eso?	55
8. Soledad en Navidad	57
9. Morir en casa	59

10. ¡Bájense de mi avión!	61
11. Besar el pan	63
3. Dejadles crecer [Quererlos bien]	65
1. Dejadles crecer	66
2. Caer nos hace más fuertes	68
3. Hadas y princesas a la carta	70
4. Los zapatos de Cenicienta	72
5. El burrito por delante	74
6. Dímelo así	76
7. Ética de la inocencia	78
8. ¿Bebés o muñecos?	80
9. Mamás y niñeras	82
10. Que sean felices	84
11. Papá, ¿otra vez al gol te vas?	86
4. Educar en la intimidad [Con delicadeza]	89
1. Educar en la intimidad	90
2. Niñez robada	92
3. Porno-Disney	94
4. Guía sexual para adolescentes	96
5. El “sexo debilitado”	98
6. Una “stripper” para el niño	100
7. Piropear	102
8. En amor miento	104
9. Cervantes in love	106
10. Alta fidelidad.	108
11. Historias de amor	110
5. Huérfanos digitales [También son hijos de su tiempo]	113
1. Huérfanos digitales.	114
2. Bautismo digital	116
3. Redes (neuro)sociales	118

4. ¿Has visto alguna vez las estrellas?	120
5. Porno-venganza	122
6. Entre lo real y lo virtual	124
7. “Cierra el libro, que vamos a comer”	126
8. Corrillos Whatsapp	128
9. Pantalla sobre pantalla.	130
10. Morderse los dedos en el Whatsapp	132
11. Un selfi imposible	134
6. Pasar el testigo [Al lado de un adolescente].	137
1. Pasar el testigo	138
2. Música a tope	140
3. Narciso y Eco	142
4. Enseñarles a mirar	144
5. Prisioneros de la taberna	146
6. Droga caníbal	148
7. “Farmafiestas”	150
8. El síndrome del “niño rico”	152
9. Motivación dialogada	154
10. No quiero jugar en primera división	156
11. El mejor viaje de fin de curso	158
7. El superlativo educativo [En casa y en el cole].	161
1. El superlativo educativo	162
2. ¿Qué tal en el cole?	164
3. Los otros protagonistas de la “vuelta al cole”	166
4. Acoso mortal	168
5. Cómo ayudar a los hijos a estudiar	170
6. Háblame mucho	172
7. Háblame bien	174
8. El consumismo extraescolar	176
9. Deberes para el verano	178
10. De “padres helicópteros” a “padres drones”	180
11. Falta de autoridad	182

8. Educar en lo inútil [Lo que no se ve]	185
1. Educar en lo inútil.	186
2. “Hijitos de indias”	188
3. La justicia de las madres	190
4. Educar la voluntad	192
5. Un vaso de agua medio lleno	195
6. Muñecas sin maquillaje	197
7. “Navidear” y la intoxicación consumista.	199
8. Queridos padres magos.	201
9. Ser o estar, esa es la cuestión	203
10. Otros 15 días en agosto.	205
11. El tiempo de las mujeres	207
8. ¡Déjate ser feliz! [Porque somos dos]	209
1. ¡Déjate ser feliz!	210
2. El arte de la poda.	212
3. Crisis de favores	214
4. Aburrimiento sexual	216
5. Dale la vuelta a la tortilla	218
6. ¿Y si no nos quejáramos tanto?	220
7. ¿Has estado alguna vez en Perú?	222
8. Eros desencadenado	224
9. Los tres bebedores de vinagre	226
10. Gestionar la edad que se tiene	228
11. Cultivar el amor	230
Epílogo. Cuando se quiere de veras	233

Educar entre dos

La educación de los hijos es cosa de dos. Por supuesto, también intervienen otros agentes como los cuidadores, la escuela, los abuelos, los medios, la sociedad...; no obstante, salvo casos excepcionales, estos no son los responsables directos. La implicación de un gran número de interventores educativos no reduce la responsabilidad que corresponde por naturaleza a los padres.

La educación de los hijos es cosa de dos. Ni más, ni menos. Querer cargar el peso sobre uno de ellos, generalmente sobre la madre, es craso error que seguimos cometiendo. A pesar del progreso de nuestras sociedades occidentales, continuamos pensando que los hijos son “más” de las madres y que les corresponde a ellas hacerse cargo de su cuidado y educación. Tal mentalidad persiste aún en muchas familias y se manifiesta tanto en dichos como en hechos. Todavía siguen las madres ocupándose de casi todo.

La educación de los hijos es cosa de dos. Sin embargo, con suma facilidad descargamos tal responsabilidad en la sociedad. Así, tomamos como artículo de fe el proverbio africano tan evocado en el discurso educativo de los últimos años: “Para educar a un niño hace falta la tribu entera”. Y es verdad que educar resulta más fácil si “la tribu”, la sociedad, colabora, si no tenemos que remar contracorriente, si el clima de afuera es similar al de dentro; no obstante, es más verdadero y real el sentido común que nos dice que para educar a un niño hacen falta dos. Claro que los niños y niñas son hijos de su tiempo, pero, ante todo, son hijos de sus padres; es más, cuanto menos hijos de sus padres sean, más lo serán de su tiempo.

Educar entre dos pilar guembe y carlos goñi

La educación de los hijos es cosa de dos. También del padre. Aunque, poco a poco, ha ido entrando en casa, el padre sigue siendo el gran ausente en la educación de los hijos¹. Su papel queda reducido a mucho menos de lo que sería menester y su relativa presencia no acaba de llenar un espacio imprescindible. El padre tiene todavía que implicarse mucho más en esa labor que también le incumbe a él, por la sencilla razón de que educar es cosa de dos.

Una antigua tira del incisivo Quino presenta a Mafalda y a su hermano Guille preguntando a sus padres si su educación la tienen planificada o si la van improvisando. Los padres responden a la vez cosas contradictorias, lo que pone en evidencia que no hay ninguna planificación. En la última viñeta, el dibujante nos muestra a Mafalda y a Guille sentados, a la espera, mientras los padres hablan a solas sobre la educación de sus hijos.

Quizá los padres de Mafalda deberían haberlo hablado antes, deberían haber planificado la educación de sus hijos, haber proyectado acciones concretas, haber planeado la labor conjunta a la que se enfrentaban, haber previsto el futuro de esas vidas que estaban en sus manos. Pero nunca es tarde para detenerse un momento, reflexionar, reorganizar y hablar sobre nuestros hijos, convencidos de que es mejor **educar entre dos**.

Educar. Es sacar de cada uno su mejor yo. Una definición poética pero real, porque los padres, más que modelar a nuestros hijos, debemos intentar sacar de cada uno lo mejor que puede llegar a ser. Para ello, debemos conocerlos bien, como el escultor conocer la piedra para ver en ella las posibilidades que encierra y, después, ir quitando para que surja la escultura, una escultura con vida propia abierta a la felicidad.

Entre. En la preposición está la clave. “Entre” no significa repartir, como cuando dividimos algo “entre” dos. No, en este caso significa sumar, como

1. Los datos del estudio “Empleo y maternidad: obstáculos y desafíos a la conciliación de la vida laboral y familiar”, editado por *Funcas*, revelan que en la última década **ha aumentado en el 3% el porcentaje de hombres que piden una excedencia para cuidar a sus hijos**, del 3,33% al 5,99% desde 2005 a 2014. El porcentaje de madres que hicieron uso de la excedencia bajó del 96,67% al 94,01% en este mismo período de tiempo, lo cual muestra, a pesar de la mejora, una evidente brecha de género. Véase <http://www.larazon.es/sociedad/aumentan-en-un-3-los-hombres-que-piden-la-excedencia-para-atender-a-sus-hijos-BD12550221#.Tt1CHDYYY2XJuc>. (Fecha de consulta abril 2017).

cuando hacemos algo “entre” dos o “entre” varios, es decir, de modo cooperativo. Solemos decir que para educar a los hijos nos tenemos que dividir porque hemos de atender a muchas cosas a la vez; sin embargo, y justamente por ello, necesitamos la ayuda y la colaboración del otro, que no es una ayuda y colaboración, sino una labor hecha “entre” dos.

No se trata, por tanto, de repartir las tareas “entre” los padres: que uno, por ejemplo, ponga la exigencia y el otro el cariño, sino de compartir “entre” los dos un mismo criterio en el que vayan unidos la exigencia y el cariño. La unidad es la clave, es más, respecto a la educación de los hijos, “entre” los dos no debe haber ninguna fisura, porque, como se suele decir, basta una grieta para que el agua se escape, y su formación es tan necesaria para su vida como el agua.

Dos. “Si quieres llegar pronto, vete solo; si quieres llegar lejos, busca compañía”. Es otro proverbio africano que nos recuerda que educar no es una carrera de velocidad, sino de fondo, que hemos de hacer muchas paradas, cambios de ritmo, relevos... porque la meta no la ponemos nosotros. La educación de nuestros hijos se parece a una barca con dos remos que debemos acompañar para que la embarcación no gire en torno a sí misma, sino que pueda llegar mar adentro. Educar es dialogar. Convertirlo, sin fuerza mayor que lo obligue, en un monólogo, puede parecer que facilita las cosas, pero no es lo mejor. A remar también se aprende, y se aprende remando, lo que significa que mientras educamos nos educamos, por eso, es mejor ser dos.

Por supuesto, para educar entre dos hay que ser dos, pero con eso no basta. El dos no es simplemente un número. Al estar precedido del “entre”, sobrepasa el valor cuantitativo y se convierte en una relación. Lo importante es la unión que se establece entre los dos, la cual viene moldeada en cierto modo por su finalidad: la educación de los hijos. Dicho en sentido inverso: la educación de los hijos depende, más de lo que podríamos sospechar, de la buena relación de la pareja.

Así como constatamos a menudo que todos los padres quieren a sus hijos, pero no todos saben quererlos, del mismo modo, nuestra experiencia nos dice que todas las parejas se quieren –de lo contrario no habrían llegado a serlo–, pero no todas saben quererse.

Saber quererse implica la voluntad de querer ser dos y hacer las cosas “entre” dos, para lo cual no vendría mal llevar a cabo estas acciones:

- Tener objetivos vitales comunes. Desde que nos unimos iniciamos un mismo proyecto de vida que no crece si cada cual va por su lado. La vida en pareja no es un juego de sokatira, sino, como hemos dicho, una barca con dos remos que hay que acompañar.
- Gozar de momentos juntos. La vorágine cotidiana nos puede llevar a un cierto distanciamiento si no aprovechamos momentos para estar solos, salir a cenar o pasar unos días juntos donde poder dedicarnos a los dos.
- Consensuar un estilo educativo. Aunque hayamos recibido educaciones diferentes, hemos de tener muy claro cómo educar a nuestros hijos, ir a una y que no nos vean discutir por ellos.
- Gestionar las relaciones familiares. La familia nuclear (padres e hijos) está inscrita en una familia extensa (suegros, abuelos, tíos, primos) que puede ser fruto de conflictos si no se toma la distancia pertinente, pero también puede generar grandes beneficios afectivos y de apoyo.
- Respetarse siempre. No hay amor sin respeto. Si falta pueden saltar las chispas de los celos, evaporarse la equidad, generarse la incomprensión e, incluso, ir naciendo la sombra del maltrato. Una norma: no hablar mal del otro nunca; nunca hacer comentarios despectivos. Y cuidar los detalles. Por último: no quererse imponer, pues el respeto pasa por dejar ser al otro como es.
- Cuidar las relaciones íntimas. La salud de una relación se decide en la intimidad de la alcoba, la cual nunca ha de ser testigo de dos extraños en la noche; allí el diálogo deber ser transparente y profundo. Un matrimonio no es un papel firmado ni tampoco un corazón labrado en un árbol, nuestro amor necesita una base sensual, porque somos de carne y hueso. El sexo es el lenguaje del amor.
- Administrar bien el tiempo libre. Muchos problemas de pareja tienen su origen en una mala administración del tiempo libre, el cual puede ser, si no la causa, sí la ocasión para que se produzca un enrarecimiento del ambiente. Las relaciones son de barro y las tenemos que templar bien.
- Admirar al otro. La costumbre hace que demos cosas por sabidas o sentidas, que nos cueste soltar un “te quiero” o un “qué guapo/a estás”, por

considerarlos redundantes. Se mira con los ojos, pero se admira con las palabras. Admirar es descubrir de nuevo, cada día. Hemos de llegar a amar sus defectos: sus despistes, su forma de conducir, sus olvidos, su manera de reír... Escribir en la arena las cosas negativas y grabar en piedra las positivas.

- Compartir las tareas domésticas. El reparto equitativo del trabajo es una pieza importante para convertir la casa en un hogar donde todos colaboren en una tarea común. Ahora bien, no se trata de hacer un prorrateo de las quehaceres domésticos, sino de implicarse y compartir.
- Comunicación. Es la clave de toda relación: saber escuchar y hablar con franqueza. Para ello hay que colaborar en la comunicación, es decir, esforzarnos por entender y hacernos entender. En fin, tenemos que pasar tiempo juntos. Por desgracia, hay muchas parejas que apenas coinciden en casa, de esa forma se hace difícil incluso poder hablar.

Para educar entre dos hace falta consenso, escucha, ejemplo, serenidad, optimismo y tiempo:

- Consensuar un estilo educativo.
- Saber escuchar al otro y hablarse con franqueza.
- Dos ejemplos, mejor que uno.
- Dos no pierden la serenidad si uno no quiere.
- El optimismo se contagia.
- Tiempo compartido es tiempo multiplicado.

Este libro lo escribimos entre dos. No está en nuestro ánimo aleccionar, ni mucho menos, sino compartir con vosotros lo que compartimos nosotros.

También esperamos que lo leáis entre dos.

1

El optimismo de ser padres [Quererse para querer]

1. El optimismo de ser padres

No se puede educar sin optimismo. Es algo que nos enseñan los hijos desde el primer día, desde antes de nacer. Porque tener hijos no solo es un acto de amor, de entrega, de responsabilidad, de valentía, sino, sobre todo, un acto de optimismo.

El optimismo hace que la balanza nunca se incline por el peso de los problemas, que aparecen sin avisar, ni de los grandes y pequeños conflictos que salpican la convivencia diaria, ni de las malas rachas, que las hay y, a veces, duran demasiado, ni de los mil quebraderos de cabeza, esos que solo conocen los que son padres. Porque el optimismo es una fuerza que desafía la ley de la gravedad y nos impulsa hacia arriba.

Es una fuerza que nos da la fuerza suficiente para resistir los avatares que conlleva ser padres. Nos hace convertir los problemas en oportunidades, los fracasos en peldaños hacia el éxito, las equivocaciones en aprendizaje. No nos permite mirar atrás, sino siempre hacia delante, porque educar a nuestros hijos tiene que ver con el futuro, con el suyo y el nuestro.

Por eso los pesimistas no educan, porque no saben mirar al futuro con esperanza. Ven esa botella que hemos de llenar siempre medio vacía y gastan las energías en buscar a los culpables que la han vaciado. Los optimistas no es que la vean medio llena, sino que se esfuerzan por llenarla, por buscar soluciones, pues solo haciendo algo, el futuro podrá ser mejor.

La primera vez que escuchamos su corazón o lo vimos palpar a un ritmo frenético en el monitor del ecógrafo, recibimos la primera lección de optimismo. Aprendimos a mirar hacia delante, a afrontar el futuro con ilusión, a preparar el recibimiento como si solo importara el porvenir. Aquellos latidos nos insuflaron una energía vigorosa y etérea a la vez, que, como el aire caliente de los globos aerostáticos, nos elevó por encima de nosotros mismos. Ante la perspectiva de una nueva vida y desde semejante altura, vemos pequeños los problemas que hasta ahora nos parecían enormes; insignificantes, las cosas hasta ahora importantes, y nimiedades, los afanes que hasta ahora nos quitaban el sueño.

Solo el optimismo puede superar un diagnóstico negativo del tipo que sea. No lo cambia de signo, pero lo orienta hacia la solución. Todo el tiempo que se gasta en lamentaciones se pierde, porque no se ocupa en buscar remedios sino en mirar atrás. Los padres no nos podemos permitir el lujo de ser pesimistas, por muy grave que sea el problema de nuestro hijo, lo será más si nos dejamos vencer por el pesimismo. El optimismo no es un placebo, sino una actitud que cura más que todas las medicinas.

Pero existen sueños para los que no hay medicinas, o mejor dicho, para los que solo existe una: el optimismo. La vocación de padres implica compartir y hacer nuestros los proyectos y las ilusiones de los hijos. No podemos dejarlos solos en la estacada, al contrario deben contar siempre con nosotros para ayudarles a crecer, para ayudarles a despegar. Cuando un sueño se hace común, se convierte en proyecto; cuando compartimos sus ilusiones, ya no lo son: son planes que hay que realizar poniendo mucha ilusión.

Los hijos nos obligan a ser optimistas. Les dimos la vida, pero ellos han entrado en la nuestra, la han cambiado de sentido, la han reorientado y le han dado una razón de ser que antes no tenía.